

Alfredo Riquelme Segovia

Los modelos revolucionarios y el naufragio de la vía chilena al socialismo

Chile es hoy la primera nación de la tierra llamada a conformar el segundo modelo de transición a la sociedad socialista [...] No existen experiencias anteriores que podamos usar como modelo; tenemos que desarrollar la teoría y la práctica de nuevas formas de organización social, política y económica, tanto para la ruptura con el subdesarrollo como para la creación socialista. Salvador Allende (21 de mayo de 1971)¹

1

Lo que es revolucionario no son los medios sino los objetivos. La violencia ha sido siempre, desde la eternidad, un factor reaccionario.

Wilhelm Liebknecht. Durante el Congreso de Erfurt²

2

... une révolution ne maintient sa victoire que par une technique opposée aux moyens qui la lui ont donnée et parfois même aux sentiments ... par sa nature même, l'Apocalypse n'a pas de futur.

André Malraux (*L'Espoir*)³

La vía chilena al socialismo ⁴

3 La *vía chilena al socialismo* fue concebida por Salvador Allende durante la década de 1960 como un *proceso revolucionario* que sería desencadenado mediante su elección como Presidente de la República por la ciudadanía y que estaría dirigido por un *gobierno popular* sustentado en una amplia alianza de partidos de izquierda e *izquierdizados* articulada en torno a comunistas y socialistas, así como en el respaldo de las organizaciones sociales de obreros, campesinos, pobladores, intelectuales, jóvenes y mujeres.⁵

4 Ese proceso de transición del *capitalismo dependiente al socialismo*, que implicaba nada menos que el relevo en el poder de la oligarquía por el pueblo, el desplazamiento de la hegemonía de la burguesía por la de la clase trabajadora y la construcción de una nueva economía predominantemente socializada y planificada, se haría en Chile de modo pacífico y en el marco del Estado de Derecho que garantizaría el respeto a las prácticas democráticas, el pluralismo político y las libertades ciudadanas.

5 Era esa voluntad de *hacer la revolución*, en el sentido de llevar a cabo un cambio radical del orden económico y social existente, y a la vez respetar y hacer respetar la institucionalidad jurídico-política vigente, lo que hizo de la *vía chilena* de Allende -tras su triunfo electoral y su ratificación como Presidente Electo por el Parlamento en 1970- una experiencia inédita en la sucesión de revoluciones *socialistas* u *orientadas al socialismo* que jalonaron la historia mundial del siglo XX.

6 La referencia y la comparación con esas revoluciones es históricamente pertinente porque compartía con ellas su radicalidad en las metas de *superar* el capitalismo y crear una *sociedad nueva* e incluso un *hombre nuevo*. Ello era también, lo que distanciaba al proyecto de Allende de la concepción de reformas más o menos profundas en el capitalismo que predominaba en los partidos afiliados a la Internacional Socialista.

7 La primera mayoría relativa obtenida por el candidato de la izquierda, el socialista Salvador Allende, le abrió el camino hacia la Presidencia tras lograr el respaldo de la Democracia Cristiana (DC) en el Congreso Nacional, llamado a definir entre las dos primeras mayorías, al no haber alcanzado ningún candidato superar el 50% en la votación popular⁶.

8 Para lograr ese respaldo de la DC, Allende y su coalición -la Unidad Popular (UP)- debieron plasmar en una reforma constitucional el compromiso de realizar su programa de gobierno con estricto respeto a las prácticas democráticas, el pluralismo político y los derechos y libertades ciudadanas. Esa reforma constitucional convirtió a la institucionalidad jurídico-política chilena en una de las más avanzadas del mundo desde el punto de vista democrático, a la vez que reforzó todavía más el aparentemente paradójico vínculo entre revolución y legalidad⁷.

2. El peso de los modelos revolucionarios

9 Los integrantes de la izquierda chilena coincidían –con algunos matices⁸- en la necesidad y la inminencia de una revolución socialista u orientada al socialismo⁹.

10 En su Congreso de 1967, así lo afirmaba el Partido Socialista (PS):

“[...] como organización marxista-leninista, plantea la toma del poder como objetivo estratégico a cumplir por esta generación, para instaurar un Estado Revolucionario que libere a Chile a la dependencia y del retraso económico y cultural e inicie la construcción del Socialismo”.¹⁰

11 Así lo expresaba también el Partido Comunista (PC) en su Programa de 1969:

“En Chile está planteada la necesidad de la revolución. País capitalista, dependiente del imperialismo norteamericano, (...) ha desembocado en una situación insostenible para la gran mayoría. La imposibilidad de solucionar los problemas del pueblo y de la nación dentro del actual sistema impone la obligación de terminar con el dominio del imperialismo y de los monopolios, eliminar el latifundio y abrir paso hacia el socialismo.”¹¹

12 Y, finalmente, así quedaba plasmada esa convicción compartida en el Programa de la Unidad Popular que obtendría el respaldo de un 36% de la ciudadanía en 1970, de cerca de un 50% en 1971 y de un 43,5% en 1973:

“La única alternativa verdaderamente popular y, por lo tanto, la tarea fundamental que el Gobierno del Pueblo tiene ante sí es terminar con el dominio de los imperialistas, de los monopolios, de la oligarquía terrateniente e iniciar la construcción del socialismo en Chile. [...]. Las transformaciones revolucionarias que el país necesita sólo podrán realizarse si el pueblo chileno toma en sus manos el poder y lo ejerce real y efectivamente.”¹²

13 Situados en esa perspectiva socialista más o menos inmediata, sería el debate sobre la posibilidad o imposibilidad de hacer compatible la transición al socialismo con la institucionalidad jurídico-política *burguesa*, y el proceso revolucionario con una *vía pacífica*, lo que cada vez se transformaría en el principal contencioso estratégico-ideológico al interior de la izquierda *histórica* y de la *nueva izquierda*¹³.

14 Esa discusión no quedó resuelta con el triunfo electoral de Allende y el posterior acuerdo con los demócrata-cristianos que le permitiera cubrir el último y decisivo tramo del camino institucional a la Presidencia hacia fines de 1970. Por el contrario, se instalaría en el centro de la agenda estratégico-ideológica de las izquierdas al tener que encarar los intentos de una extrema derecha militarista con respaldo estadounidense por impedir mediante la violencia el acceso al gobierno del candidato ganador, que llegaron hasta el asesinato del Comandante en Jefe del Ejército para precipitar una crisis institucional incluso antes de que el nuevo Presidente Electo asumiera la conducción de la República¹⁴.

15 Sería sobre todo en el marco de ese debate estratégico-ideológico, que en la discusión acerca de las vías de la propia revolución socialista u orientada al socialismo que no dejaron de dividir a la izquierda chilena entre 1970 y 1973, se haría permanente referencia a diferentes experiencias revolucionarias en el mundo contemporáneo a las que les era atribuido un carácter modélico o se convertían en parábolas en las mentes de los dirigentes y seguidores de la *revolución chilena*¹⁵. Las principales referencias serían a la Revolución Rusa de 1917 (la *revolución triunfante*), a la Guerra Civil Española de 1936-1939 (la *revolución aplastada*), e

incluso a la Revolución Francesa de 1789-1793 y a la Revolución Mexicana de 1910-1917 (las *revoluciones limitadas*).

16 A nuestro juicio, la constante invocación de esas experiencias precedentes leídas como capítulos de una historia global en marcha de la cual cada partido o intelectual involucrado se consideraba en posesión de sus claves, entraría en una tensión permanente con el propósito de avanzar realmente por una vía *chilena* al socialismo.

17 En su primer mensaje presidencial al Congreso Nacional, el 21 de mayo de 1971, Salvador Allende afirmó:

“Chile es hoy la primera nación de la tierra llamada a conformar el segundo modelo de transición a la sociedad socialista [...] No existen experiencias anteriores que podamos usar como modelo [destacado por nosotros]; tenemos que desarrollar la teoría y la práctica de nuevas formas de organización social, política y económica, tanto para la ruptura con el subdesarrollo como para la creación socialista”.¹⁶

18 Porque el presidente Allende estaba convencido de que la *vía chilena al socialismo* constituía una experiencia inédita en la historia mundial, consideraba que ninguna de las revoluciones socialistas u orientadas al socialismo que la habían precedido a lo largo del siglo en varios continentes –como la rusa, la china, la yugoslava o la cubana– y que habían adoptado diversas formas de dictadura revolucionaria, podía servirle como guía. Sin embargo, para los partidos de la izquierda chilena, sus dirigentes e intelectuales, esas experiencias sí revestían ese carácter modélico o parabólico que Allende les negaba.

19 Las versiones predominantes de *la ciencia de la revolución* que se confrontaban en la izquierda chilena de la época tenían en común sus fundamentos en la mutación leninista del socialismo que se difundiera por el mundo a partir de la toma del poder por los bolcheviques en Rusia (1917) y de la organización de la Internacional Comunista o Komintern. Esta se caracterizaba precisamente por su rechazo a la posibilidad de que las clases trabajadoras accedieran al poder mediante la democratización de los sistemas políticos liberales; y por su afirmación, en cambio, de que el único camino hacia el poder popular y hacia la hegemonía de la clase trabajadora era la ruptura revolucionaria con la institucionalidad jurídico-política existente y la implantación de una dictadura en la que los *verdaderos* revolucionarios tuvieran la hegemonía.

20 Sobre esa base, la cuestión de las vías y de los medios necesarios para acceder al socialismo, había dejado de ser un tema puramente estratégico en la izquierda mundial tras la revolución rusa. La adhesión a la violencia y a la dictadura revolucionarias y la organización de una vanguardia jerarquizada y disciplinada capaz de ejercerlas sería el sello de la mutación leninista y de sus sucesivas variantes –como el estalinismo, el trotskismo, el postestalinismo, el maoísmo y el castrismo– que se disputarían el título de comunistas *y/o marxista-leninistas* en el mundo durante el siglo XX.

21 En ese sentido, aunque las diferencias entre las distintas tendencias de la izquierda se centraban en la concepción del camino hacia el socialismo y en los medios a utilizar para acceder a esa meta, se trataba de un debate en que lo estratégico se teñía fuertemente de ideología, expresándose como un debate entre narraciones alternativas acerca del *camino correcto* y de los *medios necesarios* para transitar hacia esa nueva formación económica y social.¹⁷

22 Hemos mostrado cómo los partidos de la izquierda chilena y los *izquierdizados* durante la segunda mitad de los sesenta, sus intelectuales, sus militantes e incluso sus electores, coincidían en su propósito de conducir a Chile hacia *el socialismo*. Ello suponía la abolición de la economía capitalista y su reemplazo por un sistema basado en la propiedad social de los medios de producción y en la planificación centralizada, lo que sólo podría hacerse realidad con el traspaso del poder de las clases propietarias a las clases trabajadoras¹⁸.

23 Unos y otros en la izquierda adherían a alguna de las versiones del marxismo revolucionario de raíz leninista del siglo XX, a la que consideraban como una *ciencia de la revolución*, entendida como un conjunto fuertemente organizado y jerarquizado de conocimientos o saberes acerca

de cómo hacer realidad ese traspaso del poder desde los capitalistas a los trabajadores, el cual consideraban susceptible de ser aplicado a las más diversas realidades nacionales a través del mundo.

24 Competían diversos discursos sobre *la historia en marcha*, que articulaban el pasado y el futuro y tenían como protagonista a la propia organización revolucionaria y como antagonistas –o aliados más o menos ocasionales- a las otras organizaciones, instituciones, poderes, sujetos colectivos y individuos que participaban en la lucha por el poder. Este relato sitúa también entre los antagonistas del progreso a los propios revolucionarios que se apartaban de la narración considerada *correcta* producida por los órganos dirigentes y los líderes institucionales de la organización revolucionaria correspondiente. Del mismo modo, situaba como protagonistas del progreso a quienes, sin estar afiliados a esa organización revolucionaria, compartían o aceptaban su narración de la historia actual.

25 Ese *discurso único* se difundía en los documentos de cada partido, producidos por sus congresos, conferencias, plenos de su Comité Central, reuniones de su Comisión Política, folletos de sus comisiones de educación y propaganda; así como en escritos *autorizados* de dirigentes e ideólogos de la organización chilena en cuestión y de otros partidos *hermanos* o *guías* publicados en su prensa, revistas teóricas y libros. Los contenidos de esos textos se reiteraban una y otra vez, de manera sistemática, en las reuniones en que participaban cotidianamente los militantes de ese partido a todo nivel. En esas reuniones, la reproducción de la ideología se articulaba con la planificación de actividades políticas y orientadas a los movimientos sociales correspondientes al ámbito de la organización respectiva.

26 En todos los casos, se trataba de visiones fuertemente estructuradas y que conformaban la identidad, pensamiento y actitudes de los afiliados a cada organización revolucionaria en una narración ideológica nacional, regional y global que se asumía como *el único relato correcto –e incluso científico- de la historia en marcha*.

27 Era precisamente esa fortaleza de la creencia en la cientificidad de la propia versión de la historia y de las lecciones extraídas de cada una de las revoluciones *triumfantes, aplastadas o limitadas* (o también *desnaturalizadas o traicionadas*), lo que hacía muy difícil la superación de las diferencias entre las distintas organizaciones que se sentían portadoras de un conocimiento verdadero que no reconocían en sus aliados.

28 El propio Partido Socialista de Chile, pese a haber sido fundado en 1933 haciendo del carácter nacional de su proyecto una señal de identidad ideológica y rechazando el *modelo estalinista soviético*, acogería en los cincuenta el *modelo yugoslavo*, el que sería desplazado en la década siguiente por la influencia del *modelo cubano*. Ello, sumado a un histórico componente de esa variante soviética que fue el *trotskismo*, haría de la referencia a las experiencias asociadas a esos modelos, un tema central del debate ideológico en torno a la *vía chilena* en este partido.

30 Era precisamente su elaboración ideológica de las experiencias revolucionarias socialistas desde la rusa de 1917 hasta la cubana de 1959, la que había conducido al PS a afirmar en su Congreso de Chillán en 1967:

“La violencia revolucionaria es inevitable y legítima. Resulta necesariamente del carácter represivo y armado del estado de clase. Constituye la única vía que conduce a la toma del poder político y económico, y a su ulterior defensa y fortalecimiento. Sólo destruyendo el aparato burocrático y militar del estado burgués, puede consolidarse la revolución socialista”.¹⁹

31 El corolario de esa visión era que el Partido Socialista consideraría “las formas pacíficas o legales de lucha [...] como instrumentos limitados de acción, incorporados al proceso político que nos lleva a la lucha armada”²⁰.

32 En consonancia con esas definiciones, en su Congreso de 1971 en la Serena, el PS valoraba “el triunfo electoral del camarada Salvador Allende y la posterior instalación de la Unidad Popular en el gobierno” porque “han generado nuevas y favorables condiciones a la clase obrera y a las masas chilenas, para una efectiva conquista del poder que hace posible iniciar la

construcción del socialismo en el país²¹. Las confusiones gramaticales entre futuro y presente que pueden apreciarse, son tal vez un síntoma de las dificultades ideológicas del partido para valorar el proceso que se abrió con el acceso al gobierno y, a la vez, reiterar su perspectiva estratégico-ideológica.

33 A la izquierda de la Unidad Popular, el Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR) proclamaba la inevitabilidad de una resolución violenta del problema del poder en el marco de una lectura más radical de la realidad chilena que combinaba la continua influencia del *modelo cubano* con una creciente afirmación del *leninismo* del cual los comunistas se habrían apartado y que el movimiento neoizquierdista reivindicaba para sí, junto a una valoración de la experiencia revolucionaria rusa de 1917 y de los períodos más intensamente confrontacionales de la historia del Komintern²².

34 Por su parte, el Partido Comunista viviría una permanente tensión durante los tres años de gobierno, entre –por una parte– su protagonismo en la experiencia de transitar del capitalismo al socialismo en un marco pacífico, democrático, pluralista y de respeto a la legalidad, de la cual ese partido había sido el principal impulsor en la izquierda chilena; y –por otra parte– lo que el comunismo soviético, a cuya visión del mundo también adhería, denominaba *leyes generales de la transición del capitalismo al socialismo* y que no eran sino la proyección al mundo con un carácter modélico de los elementos esenciales de su propia experiencia de dictadura revolucionaria²³.

35 La adhesión a esas *leyes* pretendía salvaguardar lo que el comunismo soviético consideraba lo esencial de la mutación leninista en su adaptación a las nuevas realidades de la historia mundial que, sobre la base del fortalecimiento y extensión del *sistema mundial del socialismo*, la consecución de la liberación nacional de los países dependientes y la consolidación de grandes partidos comunistas en algunas potencias occidentales y en países como Chile, hacía posible formular la posibilidad de transitar en esos lugares hacia el socialismo de modo pacífico y a través de las instituciones sobre la base de la mayoría electoral de una alianza de izquierda y la hegemonía de los comunistas en su conducción.

36 En el marco ideológico de la llamada *desestalinización*, el comunismo mundial abandona su autopercepción como destacamentos exteriores de una fortaleza sitiada, para verse –ahora– como la fuerza más avanzada de un vasto y multifacético movimiento – el proceso revolucionario mundial – el cual, poniendo sitio a las fuerzas reaccionarias y belicistas del imperialismo, colocaría al mundo en el umbral de un promisorio futuro de paz y progreso.

37 En ese contexto ideológico *postestalinista*, el comunismo chileno haría una valoración cada vez mayor de las posibilidades que la institucionalidad democrática del país abría para la realización en sus marcos de un proceso revolucionario orientado al socialismo. Esta perspectiva no haría más que profundizarse entre 1958 y 1970, período en el cual se produjo una efectiva democratización política en Chile, iniciada con el fin de la proscripción de los comunistas (1948-1958) y con una reforma electoral (1958) que hizo realidad por primera vez el sufragio universal proclamado casi un siglo antes.

38 Sin embargo, el PC chileno tendría que enfrentarse en el propio campo de la izquierda a un creciente escepticismo acerca de la posibilidad de avanzar al socialismo mediante elecciones, el cual expresaría la influencia del discurso ideológico inspirado en la Revolución Cubana de 1959 sobre el Partido Socialista, que se haría paradójicamente más fuerte en la misma medida que la historia real se aproximaba a hacer realidad esa posibilidad.

39 Desde que comenzara a desplegar su política de vía pacífica, democrática e institucional al socialismo dentro de los nuevos márgenes que otorgara a los partidos comunistas del mundo el XX Congreso del PCUS en 1956, que proclamara la posibilidad de transitar al socialismo a través de las instituciones en algunos países democráticos de Occidente, el Partido Comunista de Chile había tenido una trayectoria sumamente exitosa, desde el punto de vista de su influencia en amplios sectores populares y juveniles organizados, así como de su capacidad

de instalar sus temas en el debate público, a lo que contribuía la adhesión al partido o a sus planteamientos de importantes intelectuales, escritores y artistas, en una sociedad y en una época en que éstos desempeñaban un papel decisivo en la formación de la opinión pública.

40 La centralidad que los comunistas alcanzaron entonces en el liderazgo de la política, la conducción de la economía, la sociedad y la cultura chilenas, no tuvo una correspondiente centralidad de la ideología integrista que hacía suya el partido. La propia incorporación a sus filas en esos años de decenas de miles de dirigentes sociales, estudiantes, intelectuales y artistas no tuvo como principal motivación su ideología, sino la atracción que el PC provocaba en cuanto era percibida como la organización política más eficaz para el avance de la *vía chilena al socialismo*.

41 Con todo, la adhesión a la doctrina de las *leyes generales de la transición* y particularmente a lo imprescindible de *la dictadura del proletariado* en alguna etapa de la transición al socialismo, mostraba los límites ideológicos que el comunismo chileno no estaba dispuesto a transgredir²⁴, a pesar de que -en la práctica- la vía al socialismo que tanto había contribuido a hacer realidad difícilmente se dejaba atrapar en prescripciones construidas a partir de la elaboración ideológica de las experiencias exitosas de toma del poder por los comunistas en contextos enteramente diferentes al de Chile.

42 La certeza de poseer un conocimiento verdadero sobre la transición al socialismo era esgrimida no sólo por los partidos y sus seguidores, sino también por los intelectuales comprometidos con una u otra de las posiciones en juego. En ese sentido, al clausurar un *Symposium* internacional acerca de la transición chilena realizado en Santiago en octubre de 1971, Theotonio Dos Santos -conocido sociólogo brasileño exiliado en Chile- argumentaba que la tarea de quienes estaban en el gobierno era “crear condiciones para la toma del poder [...] que la toma del poder ocurre a través de la constitución del poder alternativo y no por la conquista gradual del poder del Estado existente. Se trata, pues, de la necesidad científicamente definida (destacado por los autores de la ponencia) de destruir el viejo Estado anárquico y burocrático y crear el nuevo Estado centralizado, planificador y bajo el directo control de las masas”²⁵.

43 Otra celebridad intelectual de la época argumentaba con la misma convicción y en el mismo sentido en otra conferencia universitaria en Santiago. El economista estadounidense Paul Sweezy, tras unas semanas de estudio en Chile, afirmaba que “si la impresión que tengo es correcta, el problema es, todavía, el de tomar el poder. Porque la problemática del socialismo no se presenta sino cuando la estructura de la sociedad burguesa ha sido destruida y el poder de la burguesía misma ha sido tomado por la clase trabajadora. Sólo entonces comienza el proceso de transición. Hasta que ese momento llegue, no se trata de un problema de construcción del socialismo, sino que se trata de destruir el estado burgués capitalista”²⁶. Y concluía:

“Cuando me refiero a ‘toma del poder’ quiero que quede en claro que no estoy haciendo referencia únicamente a tomar el gobierno, sino que lo hago en los términos planteados por Lenin en *El Estado y la revolución*. Esto es, en el sentido de la destrucción del aparato burgués y el control absoluto del aparato estatal nuevo y el ejército nuevo, por el proletariado organizado.”²⁷

44 Por su parte, para defender la concepción que su partido tenía del proceso revolucionario chileno, el joven intelectual comunista Carlos Cerda realizaba una lectura de Lenin, que en lugar de centrarse en los contenidos y formas de la revolución que éste había encabezado en Rusia -como lo hacían los sectores de la izquierda que habían transformado a *El Estado y la revolución* y otros escritos coyunturales de Lenin redactados en la Rusia de 1917 en una especie de guión-, rescataba esa experiencia más bien como la primera y exitosa aplicación de la metodología de esa ciencia de la revolución que el líder bolchevique habría creado. Para Cerda y su partido era la aplicación de ese método universal a cada formación social particular, y no la mimesis de la Revolución Rusa, lo que conduciría al éxito de los revolucionarios en cada país.

- 45 A juicio de Cerda, “la fundamentación científica de la práctica política” exigía el cumplimiento de tres condiciones: “a) estudiar cada *momento* histórico concreto, b) hacer de este *momento* histórico un *análisis de clase*, mostrando cual es la *correlación de las clases*; c) este análisis debe ser *exacto y objetivamente comprobable*.”²⁸
- 46 Cerda, siguiendo a Lenin, explicaba que el análisis de toda “situación política” en cualquier nación requería considerar sus “factores determinantes en última instancia”, como el “carácter de la época” incluyendo “el concepto de perspectiva” o “*sentido* del proceso histórico actual”²⁹, “la correlación de fuerzas internacional” y “el carácter de la revolución en cada país” determinado en último análisis por “el grado de desarrollo del modo de producción” en una “sociedad concreta”³⁰.
- 47 Pero además del conocimiento de ese marco estructural que impone presiones y límites a la acción política –las llamadas *condiciones objetivas*-; el dominio de la coyuntura para lograr aproximar el socialismo en cualquier sociedad también exigía considerar un conjunto de “factores determinantes inmediatos” o de condiciones subjetivas. En este ámbito de lo político –con sus características propias y constituyentes- se desplegaría la lucha por hacer que la correlación de fuerzas potencialmente favorable a los trabajadores llegase a ser la real, lo que se lograría mediante su organización, su política de alianzas, imbricadas dialécticamente con la toma de conciencia de sus *intereses verdaderos* por las grandes mayorías que debían ser emancipadas de la *tutela ideológica* de la burguesía.
- 48 Conducir todo ese proceso ininterrumpido en cada una de sus fases era precisamente la tarea del partido de vanguardia del proletariado. Y la clave radicaba en lograr en cada momento y en todos los terrenos una “correlación de fuerzas favorable”³¹, así como en dominar las “particularidades del desarrollo político” a través de la “táctica revolucionaria” basada en ese análisis *leninista* de la coyuntura que haría posible identificar correctamente “las formas de organización y lucha apropiadas, las tareas que cada situación política exige afrontar”, así como los virajes, los compromisos y los saltos que conducirían a la clase obrera –aunque en realidad a su vanguardia- a la hegemonía y al poder³².
- 49 En eso había consistido, para Cerda, “la genialidad de la política de alianzas” diseñada por los bolcheviques conducidos por Lenin “que permitió crear una correlación de fuerzas favorable a la revolución”³³ en la Rusia de 1917.
- 50 Terminaba dedicando el resto de su libro a *demostrar* que ese “método usado por Lenin para analizar una situación política concreta ha sido plenamente asimilado por el partido de Recabarren y aplicado a las particularidades específicas de la lucha de clases en nuestro país”³⁴.
- 51 Asimismo condenaba a la *ultraizquierda* por afirmar que “en nuestro país el choque frontal de las clases sólo está postergado pero es inevitable y tendrá la forma de un enfrentamiento armado [que] de hecho [...] plantea [...] como *deseable* [pues] la propaganda y las principales acciones de grupos como el MIR están claramente orientadas a ese objetivo”³⁵.
- 52 Esa tesis era refutada, argumentando que merced a la fuerza del movimiento popular y de la legalidad en Chile, “la posibilidad teórica de atar las manos del enemigo sobre la base de acumular una fuerza potencial de tal magnitud que bastan su presencia y la *evidencia pública de su decisión de lucha* para ahogar la resistencia reaccionaria, se concretó en Chile”³⁶.
- 53 En este libro publicado por Cerda, con el propósito de argumentar la congruencia de la revolución pacífica y democrática que se desarrollaba en el país, con el *leninismo*, quedaba de manifiesto también la afirmación de la preeminencia ideológica soviética en el comunismo chileno y su consecuente adhesión a la idea de que la lucha global por el poder entre *el sistema mundial del socialismo* encabezado por la Unión Soviética y el *sistema imperialista mundial* dominado por Estados Unidos *sobredeterminaba* todos los fenómenos de la época en cualquier lugar del planeta.

“En nuestra época de tránsito del capitalismo al socialismo no hay ningún fenómeno histórico, económico o político que no esté determinado de algún modo por el enfrentamiento de esos dos

sistemas, y que no venga, en consecuencia, a participar de una manera u otra a favor o en contra de uno de ellos.[...]. Más concretamente, dado el triunfo del socialismo en diversos países, a partir de la Revolución Socialista de 1917, todos los acontecimientos están determinados por la lucha entre el imperialismo y el socialismo y son parte constituyente de esa lucha. [...] El sistema de los Estados socialistas representa la fuerza de avanzada de este frente amplio por el socialismo, y dentro de los Estados socialistas, aquél que ha avanzado *históricamente* más en el socialismo: la Unión Soviética. No hay nada arbitrario, pues, en la afirmación de los partidos leninistas que confiere a la Unión Soviética el carácter de avanzada del movimiento revolucionario mundial: la Unión Soviética, en tanto es el país socialista más avanzado, actúa como la gran masa gravitacional hacia donde confluyen todas las fuerzas nuevas de la historia.”³⁷

54 Aunque hemos afirmado y documentado la dependencia y subordinación ideológica del PCCh en relación al PC soviético, no resulta posible reducir a ellas toda la influencia ideológica internacional en los comunistas chilenos³⁸. El PCCh había sido receptivo antes de 1973, y lo siguió siendo con posterioridad, a otras experiencias del llamado movimiento revolucionario mundial. Entre estas influencias cabe destacar en esos años la de los partidos comunistas de Europa Occidental, cuyo entusiasmo por la experiencia de la Unidad Popular se enraizaba en su indiscutible similitud con sus propias *vías nacionales al socialismo*, y cuyo análisis de la trágica derrota de la izquierda chilena conduciría al llamado *eurocomunismo*³⁹.

55 El intelectual y dirigente comunista Sergio Vuskovic Rojo, alcalde de Valparaíso durante el gobierno de Allende, haría explícitas esas coincidencias en varios artículos aparecidos en la revista ideológica del partido desde 1968 y en un libro publicado por su editorial en 1973.

56 Rompiendo con la ambigüedad de los comunistas respecto a la conservación del pluralismo y del Estado de Derecho en una hipotética etapa avanzada de la transición al socialismo, y argumentando la necesidad de dar garantías en el largo plazo a los vastos sectores de las clases medias e incluso de los sectores populares que temían a una eventual dictadura de la izquierda⁴⁰

57 Vuskovic Rojo se proponía apartar esa *Espada de Damocles virtual* a la que daban verosimilitud las constantes referencias de los comunistas a circunstancias históricamente variables – como la actual correlación de fuerzas o a la fase todavía no enteramente socialista de la revolución chilena- más que a convicciones permanentes respecto a la democracia pluralista y al Estado de Derecho. Y para ello, llamaba a dar garantías desde ya:

“Surge la tendencia a dejar estas interrogaciones en manos de la historia, como si ésta fuera personaje de tragedia que de pronto aparece y soluciona la problemática, o como si en vez de nosotros hacer la historia ella nos hiciera a nosotros.

Toda perspectiva de futuro debe ser garantizada ahora y tales garantías son las únicas bases sobre las que se puede establecer una marcha conjunta y coherente hacia la nueva sociedad.”⁴¹

58 Ya en el primer artículo de Vuskovic Rojo sobre este tema, es notoria la influencia del pensamiento de Antonio Gramsci, en lo relativo al carácter burgués del “sentido común”, así como en su planteamiento del “problema del poder no sólo como apropiación de los instrumentos de dominio público sino también como adquisición de los instrumentos de la hegemonía, vale decir el consenso de las masas”, y en su afirmación de que “el sentido principal de la hegemonía del proletariado es básicamente positivo y se dará también en la medida en que podamos responder, lo más claramente posible, sobre las inquietudes de futuro, de esas capas sociales distintas al proletariado, pero que pueden y deben participar en la gran coalición antiimperialista. Esa es ‘la cuestión de las garantías’ ”⁴².

59 Vuskovic Rojo postulaba garantizar la “libertad política” en el marco del derecho para partidarios y adversarios del socialismo, a todo lo largo de la construcción de la nueva sociedad en Chile⁴³. Sin embargo, es sintomático que al plantear esa libertad como un rasgo permanente de la construcción del socialismo en Chile, diese como argumento que “la posibilidad de una oposición legal existente dentro del régimen socialista es una idea de Lenin” que se frustraría en 1921 al apoyar *mencheviques y socialistas revolucionarios* el

“alzamiento contrarrevolucionario de Cronstadt [con lo cual] se colocaron ellos mismos fuera de la legalidad soviética”⁴⁴.

60 El intelectual comunista no parece reparar en que el régimen soviético de la época de la guerra civil, del *comunismo de guerra* y la militarización del trabajo, del terror revolucionario y la creación de la *Cheka*, no era precisamente un ejemplo de libertad política y de una oposición legal que pudiera contribuir a despejar los temores sobre el socialismo en Chile.

61 Con todo, Vuskovic Rojo avalaba también el horizonte de libertad de la sociedad socialista por construir en Chile, en “la concepción de la construcción pluralista del socialismo [que] se encuentra también en algunas formulaciones de los partidos comunistas de Europa Occidental”⁴⁵, como el español (PCE), el francés (PCF) y el italiano (PCI). Para tal efecto, cita las declaraciones en ese sentido de sus secretarios generales Santiago Carrillo, Waldeck Rochet y Luigi Longo. Particularmente interesante, por su tácita pero clara contraposición al modelo soviético de socialismo, era la reflexión del líder del PCI compartida por Vuskovic Rojo:

“[...] nosotros les indicamos la perspectiva de una sociedad socialista, pluralista, rica de articulaciones democráticas, es decir, de una sociedad no estatista y centralizadora, no dominada por la burocracia y que no se identifique con el poder del partido único”⁴⁶.

62 En el libro que publica en 1973, profundizando en el tema y en medio de una real transición al socialismo en libertad y pluralismo a la que se intentaba abrir paso desde hace cerca de dos años, Vuskovic Rojo, que comienza por hacer suyo el llamado del secretario general del comunismo chileno, Luis Corvalán a “coincidir en la necesidad de garantizar que la lucha de clases, por aguda e intensa que sea, no se salga del cauce que ha seguido hasta hoy”⁴⁷, argumenta apelando más que a otras experiencias, al propio proceso revolucionario en curso en Chile. Sobre esa base, sostiene que se ha demostrado que el Estado de Derecho y la propia “Carta Fundamental, con las instancias progresistas que contiene, se ha transformado en un obstáculo para los que intentan detener el proceso de cambios en Chile”⁴⁸.

63 Con todo, la referencia a Lenin en la Revolución Rusa vuelve a aparecer, acompañado por Robespierre en la Revolución Francesa, para argumentar la necesidad de una “amplia ofensiva ideológica contra el ultraizquierdismo”⁴⁹:

“El fenómeno ultraizquierdista no es nuevo, tal como lo revela la experiencia histórica internacional y nacional. Ya en la Revolución Francesa, Robespierre, un revolucionario consecuente, se vio obligado a librar dura lucha contra los “rabiosos”, los ultras anarquistas de esa época. En los primeros años del poder soviético, cuando Lenin aún vivía, el Partido Bolchevique tuvo que enfrentarse con la ultraizquierda. ¿Qué sería ahora de la Unión Soviética si en el proceso de construcción del socialismo no se hubiera aplastado al trotskismo?”⁵⁰

64 A fin de cuentas, las influencias del comunismo de Europa Occidental que estaba marcando sus primeras distancias con el modelo soviético, no se incorporarían al discurso público institucional del PC chileno sino de modo muy marginal y sólo en cuanto no contradijeran las *leyes generales de la transición al socialismo* definidas por el PCUS ni el carácter ejemplar de la Revolución Rusa y de la construcción del socialismo en la Unión Soviética. De ese modo, la confrontación con el *ultraizquierdismo* y la defensa de las características democráticas y pacíficas del proceso revolucionario chileno se desarrollarían al interior del paradigma leninista y en la creencia compartida respecto a la existencia de unas *leyes generales de la transición del capitalismo al socialismo* modeladas sobre la experiencia de las revoluciones triunfantes y de las dictaduras ideológicas en que se institucionalizaron durante el siglo XX.

65 Un hecho que ilustra acerca de la creencia compartida de estar dotados de una misma ciencia de la revolución entre los militantes y seguidores de los principales partidos de la izquierda chilena de la época, más allá de las distintas y contrapuestas visiones que surgían de sus diversas aplicaciones a la realidad nacional, es la existencia de ciertos textos de divulgación

ideológica que eran leídos indistintamente por comunistas y miristas, socialistas y mapucistas, cristianos de izquierda e incluso no pocos radicales. Nos referimos al difundido manual de marxismo de Marta Harnecker, *Los conceptos elementales del materialismo histórico*⁵¹, y a los doce *Cuadernos de Educación Popular* escritos por la misma Harnecker y Gabriela Uribe que fueron publicados por la editorial estatal Quimantú entre 1971 y 1973.

66 En esos *Cuadernos* –de los cuales se imprimieron y difundieron decenas de miles de ejemplares– se exponía algo así como el común denominador ideológico compartido por las distintas variantes del marxismo revolucionario de raíz leninista durante el siglo XX.

67 En el penúltimo de esos Cuadernos, publicado pocos meses antes del golpe militar, y titulado *Estrategia y Táctica*, se enseñaba que la “lucha entre las clases dominantes y las clases oprimidas dirigidas por el proletariado es una lucha sin cuartel por el control del poder político. Sólo desplazando a la burguesía del poder, la clase obrera podrá darse un Estado de nuevo tipo que le permita transformar la sociedad, imponiendo los intereses de la mayoría sobre la minoría hasta entonces privilegiada”⁵². Y se concluía:

“Para Lenin, la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía debía ser concebida como una guerra. En ella el proletariado sólo podría triunfar si sus sectores más avanzados lograban darse una organización parecida a la de un ejército, capaz de movilizar en forma inteligente y disciplinada a las grandes masas [y conducirlas...] como si se tratara de una guerra contra un ejército enemigo.”⁵³

3. La *vía chilena* como experiencia y como parábola

68 En medio del permanente debate estratégico-ideológico entre sus partidarios, el gobierno de Allende, con un respaldo que osciló entre algo más de un tercio y cerca de la mitad de la ciudadanía entre 1970 y 1973 (ver Cuadro 1), emprendió una transformación radical de orientación socialista del sistema económico del país. Nacionalizó la gran minería del cobre, extendió la reforma agraria, estatizó el sistema financiero y la mayoría de las principales industrias del país. Con ello, reforzó el papel del Estado como principal agente económico, reduciendo y subordinando al sector privado.

69 La nacionalización del cobre logró el respaldo unánime del Congreso, incluyendo además de la DC a la propia derecha agrupada en el Partido Nacional (PN). Por otra parte, la reforma agraria fue profundizada y acelerada en el marco de las normas constitucionales y legales establecidas durante el gobierno anterior presidido por el demócrata-cristiano Eduardo Frei con el respaldo de la izquierda.

70 En cambio, para crear el área social de la economía en el sector industrial, en la esfera de la distribución y en el ámbito financiero, para lo cual el gobierno no contó con mayoría parlamentaria ni logró alcanzar un acuerdo con la DC, Allende debió hacer uso de medidas administrativas que –a pesar de formar parte o de no contravenir la legislación vigente– fueron consideradas por el conjunto de la oposición como *resquicios legales* destinados a imponer un proyecto revolucionario que no contaba con el respaldo mayoritario de la ciudadanía o de sus representantes en las instituciones⁵⁴.

71 Esas medidas y la orientación ideológica que el gobierno imprimió al conjunto de las políticas públicas, desencadenaron una fuerte oposición en los sectores de la sociedad afectados por ellas o que discrepaban de la orientación ideológica que las inspiraba. La polarización política se expresó en las instituciones y a través de todo el tejido social, generándose un estado de movilización y antagonismo creciente entre partidarios y adversarios del gobierno, que llegaría a un nivel crítico desde fines de 1972.

72 A ello se sumaría una situación crecientemente crítica en lo económico, producto de los enormes problemas que involucraba la transición de una economía predominantemente capitalista a una de orientación socialista, de las diferencias al respecto en la coalición gobernante y de las resistencias que al proceso oponían poderosos agentes económicos

privados nacionales y extranjeros en un marco de incertidumbre jurídica respecto a la propiedad.

73 En ese contexto, con el respaldo o la aquiescencia de la mayor parte de los opositores a Allende, y ante la impotencia de ese 43,5 % de la ciudadanía que respaldara al gobierno en las elecciones parlamentarias de marzo de 1973; tras varias semanas de una huelga insurreccional encabezada por los gremios empresariales a la que se sumaría –de una manera u otra– la mayor parte de las organizaciones sociales opositoras, una conspiración militar culminó el 11 de septiembre de ese año con un golpe de Estado que involucró al conjunto de las instituciones armadas y a la cabeza del cual se situó el general Augusto Pinochet. Éste condujo a la instalación en el país de una dictadura que se prolongó por más de dieciséis años y que impondría con mano de hierro una metamorfosis –a la vez contrarrevolucionaria y revolucionaria– de la economía y de la sociedad chilena en un sentido diametralmente opuesto al predominante en las cuatro décadas anteriores.

74 En el surgimiento, desarrollo y trágico desenlace de la vía chilena al socialismo, existió una compleja interacción entre dinámicas internas, por una parte, y estructuras, influencias e intervenciones internacionales en Chile entre 1970 y 1973, que exigen de nosotros algo más que un análisis en el cual los actores nacionales sean presentados como meros *importadores* de estructuras globales o pasivos receptores de ingerencias externas.

75 La *vía chilena al socialismo*, tal como la definiera Salvador Allende, representó –por su contenido revolucionario– una transgresión a los límites de lo tolerable para la potencia hegemónica en el hemisferio occidental, de naturaleza análoga a la amenaza que había percibido la Unión Soviética en la *primavera de Praga* en 1968.

76 La particular hostilidad de Kissinger hacia la experiencia socialista chilena, provenía en buena medida del carácter ejemplar que podría adquirir en países como Francia e Italia, un intento exitoso de superar los límites del *capitalismo dependiente* e iniciar la *construcción del socialismo*, encabezado por una alianza entre comunistas y socialistas en un marco de respeto a las prácticas democráticas, el pluralismo político y los derechos y libertades ciudadanas.

77 El propio Allende haría explícito en 1971 esos *parecidos de familia* que tanto preocupaban a Washington entre la experiencia chilena en marcha y la forma que podrían adoptar sendas transiciones al socialismo en esos países de Europa Occidental, al afirmar que “se había supuesto que los primeros países en intentar la vía pluralista, anticipada por los clásicos del marxismo, pero jamás antes concretada” serían “naciones más desarrolladas, probablemente Italia y Francia, con sus poderosos partidos obreros de definición marxista”⁵⁵.

78 Sin embargo, en los estados nacionales sudamericanos como Chile, Estados Unidos no podía imponer su voluntad mediante la intervención militar ni a través de su penetración incontrarrestable en las elites burocráticas y militares del país en cuestión, como lo había hecho y lo seguiría haciendo en el istmo centroamericano o en el Caribe, donde sólo Cuba había logrado contrariar los límites impuestos por Norteamérica, poniéndose bajo la *protección* soviética y ocasionando, en 1962, la más arriesgada crisis *al borde del abismo* de toda la *guerra fría*.

79 Es por eso que, en el caso chileno, es imprescindible considerar a los actores políticos y sociales nacionales como agentes autónomos con sus propios intereses e identidades, experiencias e ideologías. Éstos serían decisivos en el desarrollo de los acontecimientos que entre septiembre de 1970 y septiembre de 1973, culminarían con el golpe que derribaría al gobierno de Allende, abortaría la experiencia socialista y destruiría la democracia.

80 Fueron las dinámicas internas de alianzas, cooperación y confrontación entre esos actores internos –políticos, sociales e institucionales– las que frustrarían los intentos por impedir el acceso de la izquierda al gobierno en 1970, y sólo tres años después conducirían al tristemente célebre desenlace del 11 de septiembre de 1973.

- 81 Con todo, explicar el proceso que conduce del triunfo al derrocamiento de Allende siguiendo las dinámicas nacionales, no implica menospreciar la importancia de las estructuras, influencias e intervenciones internacionales en el curso del proceso chileno. Ya hemos reseñado el papel de Estados Unidos; pero no sería el único actor internacional que tendría una incidencia gravitante en la historia política chilena entre 1970 y 1973.
- 82 Aunque Cuba no ha desclasificado sus archivos, diversos testimonios permiten afirmar que el partido gobernante y diversas agencias del Estado intentaron intervenir de diversas formas en el curso del proceso político chileno entre 1970 y 1973. Asimismo, basta señalar que la presencia en Chile durante casi un mes de Fidel Castro a fines de 1971, marcaría un antes y un después en la polarización de la sociedad chilena entre partidarios y adversarios del gobierno, así como en la división de la izquierda entre quienes perseveraban en la vía institucional y quienes consideraban inevitable o imprescindible una ruptura revolucionaria que resolviera *la cuestión del poder*. Los cubanos dieron apoyo encubierto a la organización de pequeños grupos de autodefensa y seguridad de la izquierda; pero sobre todo, ejercieron una poderosa influencia política sobre el MIR y el Partido Socialista, así como en el propio entorno del presidente Allende.
- 83 Una influencia análoga a la que el comunismo soviético ejercía sobre el Partido Comunista de Chile, en la que se mezclaba el respaldo a la organización partidaria y a la formación de cuadros dirigentes con la admiración que los chilenos profesaban a quienes consideraban como sus *hermanos mayores*, sería la que las democracias cristianas alemana e italiana ejercían sobre su homólogo chileno. La investigación historiográfica respecto a la incidencia de ese vínculo del principal partido opositor a Allende con organizaciones situadas en la *primera línea* de la *guerra fría* en Europa sólo ha comenzado muy recientemente. Con todo, es posible conjeturar que la tenaz resistencia en el núcleo duro de la DC chilena a llegar a acuerdos con el gobierno, a pesar de las coincidencias programáticas existentes en el ámbito nacional, así como su convergencia final con la derecha en una estrategia tendiente a cercarlo y derribarlo, fue fortalecida por el ascendiente que en él ejercían esos partidos que habían hecho del anticomunismo una de sus principales señas de identidad.
- 84 La derecha, alineada desde el comienzo de la *guerra fría* con el bloque occidental encabezado por Norteamérica-, había hecho suyo el modelo libre empresarial de la potencia hegemónica, así como el discurso y las prácticas del macarthismo. A esa influencia estadounidense que daría forma a su anticomunismo y a su rechazo a toda forma de socialismo por toda una época histórica, se sumarían entre 1970 y 1973, la adhesión de algunos de sus principales liderazgos al modelo franquista, e incluso a prácticas políticas y de acción directa inspiradas en el fascismo europeo clásico. En ese marco, los *media*, las organizaciones políticas y los gremios que controlaba la derecha, así como los grupos fascistizados que ejercían la violencia política contra el gobierno, se convirtieron en los principales destinatarios del apoyo encubierto norteamericano.
- 85 Por su parte, las Fuerzas Armadas del país asimilarían desde fines de la década de 1940, y con renovado vigor tras la revolución cubana, la doctrina de seguridad nacional y la perspectiva contrainsurgente inculcadas en todo el continente por el *establishment* militar estadounidense, que subordinaba la lealtad a la Constitución a la preservación de una identidad nacional definida por las propias instituciones castrenses. Sin embargo, como lo demostraría el fracaso de la conspiración tendiente a impedir la llegada de Allende a la presidencia, el constitucionalismo de los militares chilenos seguía siendo fuerte en 1970, y sólo se iría debilitando hasta desaparecer en el marco de la exacerbación de la dinámica confrontacional durante los tres años siguientes.
- 86 No es nuestra intención en esta oportunidad profundizar en el conjunto de factores nacionales y globales que pueden explicar el auspicioso surgimiento, complejo desarrollo y trágico desenlace de la *vía chilena al socialismo*.⁵⁶

87 Sólo apuntaremos que, entre esos factores, no fue menor la incidencia de las diferentes y contradictorias visiones de los partidos e intelectuales de la izquierda chilena acerca de la propia experiencia que protagonizaban. Esas visiones, en su diversidad, tenían en común haber sido en gran medida *modeladas* en torno a paradigmas globales que se suponían derivados de las *enseñanzas* de una o varias de las experiencias revolucionarias contemporáneas vividas en Europa, Asia, África y América Latina.

88 El trágico final de la vía chilena al socialismo abrió un debate en la izquierda mundial y particularmente al interior del movimiento comunista internacional, acerca de los motivos de la derrota o el fracaso de la Unidad Popular chilena⁵⁷. Este debate estuvo en el origen de lo que se conoció como *eurocomunismo*, que convirtió la tesis leninista de la necesaria correlación de fuerzas favorable en cada etapa del camino al socialismo, en la tesis de la necesidad de unir a una muy amplia mayoría ciudadana para avanzar hacia un socialismo que se apartaría explícitamente de la ideología soviética por su compromiso con la democracia pluralista, las libertades y los derechos humanos concebidos como valores universales y conquistas permanentes de la humanidad.

89 Ya en varios artículos publicados entre fines de septiembre y principios de octubre de 1973, el secretario general del Partido Comunista Italiano, Enrico Berlinguer, afirmaba que el trágico final de la experiencia socialista chilena era “un hecho de alcance mundial, que no sólo suscita sentimientos de execración hacia los responsables del golpe reaccionario y de las matanzas masivas, y de solidaridad por quienes han sido sus víctimas y aún resisten allí, sino que propone interrogaciones que apasionan a los combatientes de la democracia de todos los países e invitan a reflexionar”⁵⁸.

90 Para Berlinguer, la gran lección de Chile consistía:

“en extender el tejido unitario, en congregar en torno a un programa de lucha para el saneamiento y la renovación democrática de toda la sociedad y del Estado a la gran mayoría del pueblo, en hacer que a este programa y a esta mayoría corresponda un bloque de fuerzas políticas capaces de realizarlo. Sólo esta línea, y ninguna otra, puede aislar y derrotar a los grupos conservadores y reaccionarios, puede dar solidez y fuerza invencible a la democracia, puede hacer avanzar la transformación de la sociedad [hasta] construir una sociedad y un Estado socialistas que garanticen el pleno ejercicio y el desarrollo de todas las libertades.”⁵⁹

91 Desde ese relato de *la historia en marcha*, el líder de los comunistas italianos advertía en contra de la conclusión propuesta “por ciertos desdichados de abandonar el terreno democrático y unitario para elegir otra estrategia hecha de mistificaciones, pero cuya salida rápida e inevitable, un aislamiento de la vanguardia y su derrota, está clarísima”⁶⁰.

92 Sería precisamente esa interpretación que Berlinguer rechazaba radicalmente, sin embargo, la que se transformaría en el motivo principal de la narración ideológica soviética sobre los acontecimientos de Chile, que retrocedería respecto al entusiasmo que en los años anteriores había despertado lo que parecía el éxito de la vía pacífica en este país.

93 En un artículo escrito en 1974 por Borís Ponomariov, uno de los principales ideólogos del partido soviético, y destinado a su difusión entre los partidos comunistas del mundo, éste argumentaba –con la misma convicción de indicar *el único camino correcto para la historia en marcha*- en el sentido exactamente inverso al del líder comunista italiano:

“Por consiguiente, los sucesos de Chile vuelven a recordar la importancia de saber defender las conquistas revolucionarias y la enorme trascendencia de estar preparados para cambiar rápidamente las formas de lucha pacíficas y no pacíficas y de ser capaces de responder con la violencia revolucionaria a la violencia contrarrevolucionaria de la burguesía. [...]. La garantía del desarrollo pacífico de la revolución es no sólo una correlación de fuerzas sociales bajo la cual la burguesía no se atreva a desatar la guerra civil sino también la constante disposición de la vanguardia revolucionaria y de las masas (no verbal, sino práctica) para aplicar los medios de lucha más resueltos si la situación lo requiere.”⁶¹

94 La izquierda chilena, y particularmente los comunistas, quedaron en medio de ese debate global sobre las lecciones que deberían extraerse de la frustrada experiencia del gobierno de Allende.⁶²

4. ... l'Apocalypse n'a pas de futur

95 La tensión entre los procesos históricos reales vividos o conocidos y su elaboración ideológica, afectaría en los años del gobierno de Allende con igual fuerza –aunque con distintos resultados- no sólo a la izquierda, sino al conjunto de los liderazgos y de las organizaciones políticas chilenas. La Democracia Cristiana, tras haber ampliado la democracia e iniciado las reformas sociales y económicas profundas durante el gobierno de Frei Montalva, se orientaría entre 1970 y 1973 a una convergencia con la derecha sustentada en la percepción de que la profundización de esas reformas por la Unidad Popular conducía al totalitarismo. Y la derecha, tras un discurso de defensa de la democracia contra *el marxismo*, echaría las bases de una alternativa de poder dictatorial.

96 Por otra parte, la propia realidad global del período de la *distensión* en que se intentó abrir paso a la *vía chilena al socialismo*, fue mucho más rica que las visiones ideológicas binarias y antagónicas del *antiimperialismo* y del *anticomunismo* a las que acabaron reduciendo su imagen del mundo los principales actores nacionales e internacionales que intervinieron en la tragedia chilena de 1973.

97 Hoy ya es posible investigar y reflexionar como esas limitadas miradas jugaron un papel no menor en la derrota de la *vía chilena al socialismo*, en un contexto mundial donde asomaba una relativa multipolaridad política y económica que tal vez abría más posibilidades que las que esos actores percibieron. Pero esa misma multipolaridad iba de la mano con la emergencia de un mercado capitalista global, que dificultaba la construcción en un país periférico de una economía socialista como la imaginaba la izquierda chilena de la época, tan prisionera de su creencia en las *leyes generales de la transición del capitalismo al socialismo*, como de una visión ideológica del propio socialismo incapaz de concitar en la sociedad chilena el respaldo mayoritario que requería de modo imprescindible un proyecto de cambio social de la envergadura, radicalidad y originalidad como el que intentara hacer realidad entre 1970 y 1973.

98 Desde nuestro punto de vista, ese proyecto de cambio social quedaría empantanado en un debate instalado sobre una matriz teórica y unas experiencias revolucionarias que pesaron como un lastre para la vía chilena al socialismo.

99 Tal vez donde mejor se expresa esa contradicción entre la vía al socialismo por la que Chile estaba difícilmente transitando y la que existía en la imaginación ideológica de muchos de sus protagonistas, es en la intervención del presidente Allende en el Pleno Nacional del Partido Socialista realizado en el balneario de Algarrobo el 18 de marzo de 1972. En esa ocasión, el Presidente socialista objeta la visión del Informe Político que la dirección de su partido somete a la consideración del Pleno acerca de “la institucionalidad del Estado democrático burgués y los objetivos históricos de la revolución”, en la cual se planteaba el imperativo de destruir esa institucionalidad⁶³.

100 Para Allende, esa visión “de orden teórico” producía “de forma derivada, interpretaciones sobre el modo de actuar práctico del partido que pueden entrar en conflicto con el programa de Gobierno de la Unidad Popular, con la línea política del Gobierno Popular y, lo que es más grave, con la realidad histórica de nuestro país”⁶⁴.

101 El presidente argumentaba que el Partido Socialista “no puede limitar su razonamiento teórico sobre esta cuestión a la reiteración de que ‘el Estado... está organizado y concebido de forma que la clase minoritaria y explotadora ejerce una dictadura sobre los explotados, basada en dos pilares fundamentales: la burocracia y el aparato represivo’. Porque semejante afirmación, correcta en su sentido último y aplicable a otros estados capitalistas, resulta primaria y

simplista en el Chile de hoy, hasta el extremo de producir tal confusión que es capaz de perturbar toda la acción política del Gobierno”⁶⁵.

102 Agregaba que “nuestro camino hacia el socialismo no se ha iniciado en Chile sobre las piedras derruidas y humeantes del anterior aparato administrativo, sino que —por el contrario— hemos llegado al Gobierno con la administración pública organizada. [...] con una organización básica que resulta indispensable para la ejecución de la política del Gobierno”⁶⁶. Y seguía:

“No está en la destrucción, en la quiebra violenta del aparato estatal el camino que la revolución chilena tiene por delante. [...]. El 4 de septiembre de 1970, el régimen institucional chileno fue sometido a una prueba decisiva: la de demostrar hasta qué punto resultaba abierto a que los representantes de las fuerzas sociales contrarias al sistema capitalista llegaran a controlar el Gobierno. [...] Y el Partido Socialista debe tener plena conciencia de que si el pueblo llegó al Gobierno el 4 de noviembre de 1970, en la forma regular que lo hizo, fue precisamente a causa de nuestro régimen institucional. Si éste hubiera estado corrompido o carcomido, la quiebra de la institucionalidad se hubiera producido en ese momento y Chile hubiera entrado — probablemente — en un estado de violencia desatada.”⁶⁷

103 Finalmente concluía, oponiendo la experiencia vivida a los axiomas ideológicos de la dirección del PS, que “el régimen institucional ha demostrado no sólo estar abierto a las fuerzas revolucionarias, sino que es suficientemente flexible en sus equilibrios internos para tolerar los cambios revolucionarios y permitir realizarlos. El balance de los últimos quince meses habla por sí mismo.”⁶⁸

104 Aunque el fatal desenlace del año siguiente puede llevar a pensar que la visión de Allende pecaba de excesivo optimismo, también es cierto que la creencia de la dirección socialista y de amplios sectores de la izquierda revolucionaria tuvo algo de *profecía autocumplida* del modo más catastrófico.

105 Su principal asesor jurídico, Eduardo Novoa Monreal, escribiría que Allende, “profundo conocedor de la tradición institucional y legal del pueblo chileno, se decide a intentar en Chile lo que hasta ahora parecía no admitir fusión: cambios revolucionarios dentro del imperio de la legalidad”⁶⁹.

106 Novoa introduce un tema bastante ausente en la discusión estratégico-ideológica de las organizaciones políticas y de la mayoría de los ideólogos chilenos y extranjeros que prescribían sus recetas revolucionarias al proceso en curso: una *perspectiva humanitaria* que valora el “muy alto costo social” que “el difícil camino de la legalidad” evita:

“Hacer transformaciones revolucionarias en las estructuras sociales de un país y lograr el traspaso real del poder de los grupos dominantes a los que han estado sometidos, es tarea que hasta ahora no ha sido realizada en el mundo sino a un muy alto costo social: pérdidas de vidas, grandes destrucciones materiales, prolongados períodos de trastorno e incertidumbre, vigencia más o menos durable de regímenes arbitrarios y de excesos de las masas o de los detentadores del poder, etc.”⁷⁰

107 En esa misma línea, el valenciano Joan Garcés, el principal asesor político de Allende durante su gobierno, advertiría sobre la necesidad de distinguir conceptualmente violencia y revolución, las que tendían a ser asociadas en los análisis y las polémicas debido a “la no realización histórica de ninguna revolución socialista por la vía pacífica”. Rechaza las afirmaciones dogmáticas acerca del imperativo de la violencia para que los trabajadores accedan al poder, y vincula la extrema dificultad que “los teóricos marxistas clásicos” visualizaron “de llegar a conquistar el poder sin hacer uso de la violencia” en las circunstancias de su época provino del “realismo consubstancial a la metodología analítica marxista”⁷¹. Era ese mismo realismo el que condujo —en las condiciones de Chile en la segunda mitad del siglo XX— a Salvador Allende a intentar la vía institucional y pacífica al socialismo, así como a rechazar para el país la dictadura del proletariado asociada a la violencia revolucionaria⁷².

- 108 Una vez que ese camino había comenzado a realizarse en 1970, argumentaba Garcés, ello “ha significado, sencillamente, que los métodos y esquemas teóricos de conquista del poder por la acción violenta y armada no han sido observados”. Y agregaba, “al mismo tiempo, reduce en gran manera la utilidad para el proceso revolucionario chileno [...] de las ricas y variadas aportaciones prácticas derivadas de los intentos históricos –afortunados o frustrados– de conquistar el poder político mediante la lucha armada”⁷³.
- 109 Joan Garcés advertía también acerca de la necesidad de distinguir conceptualmente en cualquier revolución –armada o política– entre “la acción política de conquista del poder”, aspecto en el que se centraban abrumadoramente los debates, y la muy diferente dimensión del “reordenamiento de las estructuras sociales, económicas y culturales de modo funcional al *telos* o meta que inspira la acción de los agentes humanos en un proceso revolucionario”⁷⁴.
- “[...] en esta segunda dimensión no cabe ya el cambio espectacular en término de horas. [...] La estructura económica capitalista [...] sólo se puede concebir transformada y reemplazada en términos de años, lustros o décadas. Con todos los reajustes, modificaciones y alteraciones que un ‘proyecto’ original experimenta a lo largo de un período prolongado en el tiempo.”⁷⁵
- 110 Y es al llegar a ese punto cuando el hombre que, junto a Allende pensara y a su lado intentara encauzar institucionalmente la revolución chilena, se asoma a la tragedia de la cual ninguna de ellas –violenta o pacífica– parece poder escapar: la de transformarse inexorablemente en un nuevo *orden*. Un orden que constituye por su propia naturaleza la negación del *ethos* subversivo que anima a los protagonistas de todo cambio social radical. Que hace de la metamorfosis de la transgresión en disciplina el paso ineludible hacia el éxito a la vez que hacia la negación de la revolución.
- 111 Ese es quizás el momento más peligroso a la vez que crucial para la revolución, porque es lo más difícil de hacer, pero no hacerlo abre las puertas al triunfo de la contrarrevolución.
- 112 Para ilustrar esa convicción lacerante, el socialista español evocaba la reflexión que durante la guerra civil en su patria, hiciera André Malraux a través de uno de los personajes de *L’Espoir*:
- “[...] la question est tout bonnement: une *action populaire*, comme celle-ci –ou une révolution– ou même une insurrection–, ne maintient sa victoire que par une technique *opposée* aux moyens qui la lui ont donnée et parfois même aux sentiments. Réfléchissez-y, en fonction de votre expérience. [...] L’Apocalypse veut tout, tout de suite; la révolution obtient peu, lentement et durement. Le danger est que tout homme porte, en soi-même le désir d’une Apocalypse. Et que dans la lutte, ce désir, passé un temps assez court, est une défaite certaine, pour une raison très simple: par sa nature même, l’Apocalypse n’a pas de futur”⁷⁶.
- 113 Tres años de revolución socialista u orientada al socialismo en Chile no lograron configurar un *nuevo orden* que alcanzara la fuerza y la legitimidad suficientes para convertirse en un nuevo cauce para la continuidad de la historia nacional en las circunstancias regionales y continentales de comienzos de la década de 1970.
- 114 Creemos no exagerar al pensar que un motivo principal de ese fracaso fue que demasiados entre sus protagonistas estaban escindidos entre la pasión de subvertir el *viejo orden* y la búsqueda de modelos de transición al *nuevo* surgidos de experiencias que poca relación tenían con la revolución posible y en curso en la sociedad chilena.
- 115 De ese modo, el fracaso de los revolucionarios abriría las puertas al triunfo de una contrarrevolución violenta que en 24 horas hizo añicos la institucionalidad jurídico-política al interior de la cual había podido avanzar la *vía chilena al socialismo*.
- 116 En lugar de la imaginaria destrucción del abstracto *Estado burgués*, se perpetraría la muy real destrucción del histórico Estado democrático.
- 117 Desde la nueva cúpula del Estado, conformada por los jefes militares y la extrema derecha, dueña del poder despótico que otorga a quienes lo detentan la abolición del Estado de Derecho, se desplegó un proyecto sistemático, orientado a destruir mediante el terror las formas de vida política y social democráticas configuradas a lo largo de décadas, para configurar sobre el

miedo y la fragmentación, un orden autoritario y ultra-capitalista, blindado contra cualquier opción socialista revolucionaria pacífica o violenta.

118 Cuadro 1: Resultados electorales en Chile 1958-1973*

	1958	1960	1961	1963	1964	1965	1967	1969	1970	1971	1973
	%	%	%	%	%	%	%	%	%	%	%
PC		9,2	11,4	12,4		12,4	14,8	15,9		16,9	
PS		9,7	10,7	11,1		10,3	13,9	12,2		22	
UP**	29,0				39,0				36,0		43,5
PR	15,0	20,0	21,4	20,8	5,0	13,3	16,1	13,0		8,1	
CODE***					56						54,6
PDC	21,0	13,9	15,4	22,0		42,3	35,6	29,8	28	25,7	
PN****	32,0	29,5	30,4	23,6		12,5	14,3	20,0	35	18,1	
Electores (millones)	1,25	1,23	1,39	2,07	2,53	2,35	2,34	2,41	2,95	2,84	3,69
Población (millones)	7,0										c.10

119 * Las elecciones de 1958, 1964 y 1970 fueron presidenciales; las de 1960, 1963, 1967 y 1971
120 fueron municipales; y las de 1961, 1965, 1969 y 1973 fueron parlamentarias.

121 ** La Unidad Popular (UP) fue formada para las elecciones presidenciales de 1970. En las de
1958 y 1964, la alianza de la izquierda tuvo otra denominación.

122 *** La llamada Confederación por la Democracia (CODE) fue la coalición entre la derecha
y la Democracia Cristiana creada para las elecciones parlamentarias de 1973. El apoyo de
la derecha a la candidatura presidencial demócrata-cristiana en 1964 no implicó una alianza
política.

**** El PN fusionó a los partidos Liberal y Conservador con grupos nacionalistas autoritarios
en 1966.

Notas

1 Salvador Allende, "Primer Mensaje Presidencial al Congreso Pleno", 21 de mayo de 1971. En Salvador Allende, *Obras Escogidas (1970-1973)*, Crítica, Barcelona, 1989, pp.79 y 82.

2 Citado por Joan Garcés, "El proceso revolucionario chileno y la violencia física", en *Revista de la Universidad Técnica del Estado*, 7, abril de 1972, p.53.

3 Citado por Joan Garcés, *Ibíd.*, p.55.

4 Entre las investigaciones más recientes sobre el tema, se destacan Jonathan Haslam, *A Case of Assisted Suicide. The Nixon Administration and the Death of Allende's Chile*, Verso, London - New York, 2005; y Marcelo Casals Araya, *El alba de una revolución. La izquierda y el proceso de construcción estratégica de la 'vía chilena al socialismo'. 1956-1970*, Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia, PUC de Chile, Santiago, 2006. Asimismo, es imprescindible consultar las compilaciones de Julio Pinto Vallejos (coordinador-editor), *Cuando hicimos historia. La experiencia de la Unidad Popular*, Editorial LOM, Santiago, 2005; Francisco Zapata (compilador), *Frágiles suturas. Chile a treinta años del gobierno de Salvador Allende*, El Colegio de México - Fondo de Cultura Económica, México-Santiago, 2006; y Claudio Rolle (coordinador), *1973. La vida cotidiana de un año crucial*, Planeta, Santiago de Chile, 2003.

5 La red de actores (partidos, liderazgos, intelectuales, organizaciones y movimientos sociales) con un imaginario político compartido que se identificaba con lo popular y hacía de la transición del capitalismo al socialismo su principal seña de identidad, conformaba una izquierda en expansión, aunque profundamente dividida en torno a cuestiones estratégico-ideológicas, que llegó a alcanzar un respaldo electoral que osciló entre un 30% y un 50% entre 1958 y 1973 y que se concentraba en los partidos Socialista y Comunista (Cfr. Cuadro 1).

6 De acuerdo al mecanismo establecido en la institucionalidad jurídico-política chilena de la época para esa circunstancia.

7 Sobre estos vínculos, cfr. Eduardo Novoa Monreal, “El difícil camino de la legalidad”, en *Revista de la Universidad Técnica del Estado*, 7, abril de 1972, pp.7-34. Para una visión anterior del mismo tema desde una perspectiva progresista no revolucionaria, cfr. Eugenio Velasco Letelier, *El Derecho y los Cambios Sociales*, Edeval, Valparaíso, 1967.

8 En cualquier caso, eso que hoy llamamos matices, había hecho correr *océanos de palabras* en la década de 1960.

9 Aunque entre los partidos de izquierda de la época existió un extenso debate acerca del llamado *carácter de la revolución chilena*, hacia 1970 se había alcanzado una aproximación –que se plasmaría en el Programa de la Unidad Popular– entre el PS que la consideraba ya una revolución socialista, y el PC que la entendían como una revolución que llegaría a ser socialista en un futuro más o menos próximo.

10 Julio César Jobet, *El Partido Socialista de Chile*, PLA, Santiago, 1971 (2ª edición), Tomo II, p.130.

11 *Programa del Partido Comunista de Chile* (Folleto), Santiago, 1969.

12 *Programa Básico de Gobierno de la Unidad Popular* (Folleto), Santiago, 1970. De alguna manera, el consenso entre los dos grandes partidos de la izquierda en este programa se logró porque los socialistas aceptaron una ampliación parcial de la alianza hacia los partidos y grupos representantes de las clases medias progresistas, a la vez que los comunistas coincidieron en hacer del socialismo una meta a realizar durante el sexenio de Allende.

13 Con la denominación izquierda *histórica*, nos referimos principalmente a los partidos Comunista (fundado en 1912 como Partido Obrero Socialista y que cambiaría su nombre al afiliarse en 1922 a la Komintern) y al partido Socialista (creado en 1933). Denominamos *nueva izquierda*, a las organizaciones políticas surgidas durante los gobiernos de Frei Montalva (1964-1970) y Allende (1970-1973), como el Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR) fundado en 1965; el Movimiento de Acción Popular Unitario (MAPU) creado en 1969 como una escisión de la Democracia Cristiana; la Izquierda Cristiana (IC), nacida de otra escisión de la DC; y el MAPU Obrero Campesino (MOC), surgido de la división del MAPU en 1973. Al Partido Radical (PR) lo calificamos como un partido histórico *nuevamente izquierdizado* hacia 1970, pues si bien era un partido cuya fundación se remontaba a mediados del siglo XIX, su posicionamiento en el centro político y su oscilación entre la izquierda y la derecha entre las décadas de 1940 y 1960 impiden situarlo en la izquierda *histórica*.

14 En esa coyuntura crítica, el MIR se repondría del inicial desconcierto que le había ocasionado la apertura del proceso revolucionario por lo que habían considerado un ilusorio camino electoral, en el Partido Socialista se fortaleció la posición que anunciaba un enfrentamiento inevitable entre revolución y contrarrevolución, y el tema continuaría en la agenda de los intelectuales de izquierda en el país y fuera de él.

15 “Narración de un suceso fingido, de que se deduce, por comparación o semejanza, una verdad importante o una enseñanza moral”. *Diccionario de la Lengua Española* (Real Academia Española), consultado en <http://buscon.rae.es/draeI/> el 21 de enero de 2007, 2:00 AM.

16 Salvador Allende, “Primer Mensaje Presidencial al Congreso Pleno”, 21 de mayo de 1971. En Salvador Allende, *Obras Escogidas (1970-1973)*, Crítica, Barcelona, 1989, pp.79 y 82.

17 Acerca de la ciencia de la revolución y la dimensión ideológica que alcanza lo estratégico en el comunismo y/o el socialismo revolucionario del siglo XX, cfr., Alfredo Riquelme Segovia, *Comunismo Mundial y transición chilena. La incidencia de un fenómeno global en*

un proceso político nacional durante el siglo XX, Tesis Doctoral, Departamento de Historia Contemporánea, Facultad de Geografía e Historia, Universitat de València, Valencia, 2003.

18 Entre la extensa bibliografía existente acerca del socialismo como movimiento e ideología, y sus variantes desde el siglo XIX hasta la actualidad, cfr. Donald Sassoon, *Cien años de socialismo*, Edhasa, Barcelona, 2001, y Geoff Eley, *Un mundo que ganar. Historia de la izquierda en Europa, 1850-2000*, Crítica, Barcelona, 2002.

19 Julio César Jobet, *op.cit.*, Tomo II, p.130. Junto al tema de las vías de la revolución, el posicionamiento del PS se caracterizaba por un rechazo a la política de alianza con las clases medias y, por lo tanto, con radicales y demócrata-cristianos que favorecía el PC y el propio Allende. En un libro publicado en 1972, el joven intelectual comunista Carlos Cerda, tras argumentar que esa concepción estrecha de las alianzas que predominaba en el discurso del PS era fruto de un errado análisis del carácter de la revolución y de una confusión entre sus fuerzas motrices y dirigentes en Chile; valoraba, sin embargo, el que ese error estuviera asociado al “hecho positivo” del “rechazo a la experiencia de claudicaciones de los partidos socialistas europeos, y de que la firmeza con que ha rechazado entendimientos con fuerzas burguesas ha sido uno de los factores que han posibilitado una larga y fructífera alianza socialista-comunista”. Carlos Cerda, *El leninismo y la victoria popular*, Quimantú, Santiago, 1972, pp.213-214.

20 Julio César Jobet, *op.cit.*, Tomo II, p.130.

21 *Ibíd.*, p.172.

22 Poco antes del golpe de 1973, el MIR publicó el libro *La Insurrección Armada*, editado originalmente en 1928 por la Komintern (bajo el seudónimo de A. Neuberg).

23 Entre esas *leyes generales* establecidas por el Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), que los comunistas chilenos hacían suyas y a las que atribuían un alcance universal, cualesquiera fueran las formas y vías que el proceso adquiriera en cada país de acuerdo a sus peculiaridades, se destacaban “la gestión dirigente de las masas trabajadoras ejercida por la clase obrera y sus partidos marxista-leninistas en la revolución proletaria y la instauración de una u otra forma de dictadura del proletariado”, junto a “la defensa de las realizaciones del socialismo contra los enemigos interiores y exteriores”. Cfr. V. Kelle y M. Kovalzon, *Materialismo Histórico. Ensayo sobre la teoría marxista de la sociedad*, Editorial Progreso, Moscú, 1972, p.120. En los años siguientes, los comunistas soviéticos y otros partidos comunistas en el poder, a través de sus funcionarios ideológicos, atribuirían a la omisión de esos preceptos la trágica derrota de la revolución chilena y condenarían a “los revisionistas actuales” dentro del propio movimiento comunista mundial que “consideran absolutas las condiciones específicas, nacionales [...] se dedican a construir unos ‘modelos de socialismo’ que suponen la renuncia al papel dirigente de la clase obrera y del Partido Comunista”, y “reproducen algunos aspectos de la concepción del ‘socialismo democrático’ propuesta por la socialdemocracia”. Cfr. AA.VV, *Comunismo Científico. Diccionario A-Z*, Editorial Progreso, Moscú, 1981, pp.236-237.

24 “Por lo que atañe al Partido Comunista, éste se halla plenamente convencido de que, por muchas y notorias que sean las particularidades que presenta la realidad chilena - particularidades que se empeña en tener en cuenta rigurosamente- no se puede prescindir en modo alguno, de la debida consideración de las leyes universales que rigen el paso al socialismo”. Luis Corvalán, secretario general del Partido Comunista de Chile (diciembre de 1970), citado por Sergio Ramos, *Chile ¿Una economía de transición?*, CESO-PLA, Santiago, 1972, p.28. Destacado por los autores de esta ponencia.

25 En *Transición al socialismo y experiencia chilena*, CESO-CEREN-PLA, Santiago, 1972. La afirmación de la cientificidad del marxismo –o más precisamente de la variante de éste que hacía suya quien la afirmaba- y su calidad de saber acerca de y para la lucha de clases, se siente fuerte al leer la presentación de Louis Althusser a la sexta edición del difundido manual de Marta Harnecker, *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, Siglo XXI, Santiago, 1971. En ella, el filósofo francés decía: “Marx devolvió en teoría científica al movimiento obrero lo que había recibido en experiencia política”. Y remachaba: “Como dice Mao: ‘No olvidemos nunca la lucha de clases’ ”. *Op.cit.*, p.23.

- 26 Paul Sweezy, "Entrevista sobre Chile", en *Tercer Mundo*, Año I, n°4, 1971, p.5.
- 27 *Ibid.*, p.6.
- 28 Carlos Cerda, *op.cit.*, pp.13-14.
- 29 *Ibid.*, p.55.
- 30 *Ibid.*, p.22.
- 31 "Es propio también de la naturaleza cambiante de lo político el que la lucha entre las clases adopte diversas formas y grados, que transcurra durante un largo período de una manera pacífica, para luego, en períodos de gran agudización de la lucha, de tensión de todas las contradicciones, de creciente resistencia de una clase a ser desplazada, tomar formas cada vez más violentas." *Ibid.*, p.98.
- 32 *Ibid.*, pp.98-99.
- 33 *Ibid.*, p.18.
- 34 *Ibid.*, pp.107-108. Para ilustrar esa afirmación, Cerda no puede escapar a la mimesis con la Revolución Rusa cuando establece una analogía entre la postura del PC en Chile frente al *tacnazo* (frustrada rebelión militar de octubre de 1969), y la del Partido Bolchevique en Rusia frente al golpe de Kornilov en 1917., *Ibid.*, pp.214 y ss.
- 35 *Ibid.*, p.189.
- 36 Jorge Insunza, citado en *Ibid.*, p.190.
- 37 *Ibid.*, pp.40 – 44. El PC tenía una visión de la dimensión internacional del proceso que se caracterizaba por una creencia ideológica en el retroceso del imperialismo a nivel mundial que haría que la amenaza intervencionista quedase postergada, a lo que consideraba se sumaba la incomodidad de la política exterior norteamericana ante la vía pacífica y el gobierno popular legítimo en Chile. Sin embargo, el PCCh estimaba que tal "derrota" del imperialismo era frágil; que si ya no había espacio para la intervención directa, la amenaza imperialista tomaría otras formas, en los que los aliados internos del imperialismo desempeñarían un papel crucial". Cfr. "Conferencia Nacional del PC de Chile", 30 Septiembre – 3 Octubre, 1971.
- 38 El peso de la ideología soviética sobre los comunistas chilenos se articuló de un modo complejo e incluso contradictorio con los contenidos y formas de sociabilidad políticas propias de un partido socialista de masas occidental que también caracterizaron al PC chileno en esa época. El núcleo dirigente del partido y sus ideólogos procuraron hacer compatibles esas dos dimensiones, intentando enmarcar el conjunto de sus propósitos y de su accionar en la ortodoxia ideológica soviética, la cual era postulada como su fundamento. La tensión entre esa ideología integrista global, por una parte, y las experiencias y el imaginario más amplio y complejo de los militantes y seguidores del partido, continuaría presente tras el golpe militar de septiembre de 1973.
- 39 Cfr. Alessandro Santoni, *La via cilena al socialismo nella riflessione del PCI. Un mito per una strategia politica (1960-1973)*, Tesis de Doctorado "Storia Politica dell'età contemporanea nei sec. XIX e XX 'Federico Chabod'", Dipartimento di Politica, Istituzioni, Storia (Università di Bologna).
- 40 Frente a ese formidable obstáculo ideológico, Vuskovic Rojo afirmaba en 1968: "Es hora de que del socialismo en Chile hablen también sus partidarios". Cfr. Sergio Vuskovic Rojo, "Construcción pluripartidista del socialismo", en *Principios*, 124, marzo-abril de 1968, pp.7-23 (p.9).
- 41 *Ibid.*, p.10.
- 42 *Ibid.*, p.17. Por ello resulta sintomático que no lo cite explícitamente. A nuestro juicio, la omisión de ese pensamiento inspirador se debe a que el autor era consciente del carácter *heterodoxo* de su pensamiento en relación al *leninismo* codificado por el PCUS.
- 43 *Ibid.*, p.18.
- 44 *Ibid.*
- 45 *Ibid.*, p.20.
- 46 *Ibid.*
- 47 Citado por Sergio Vuskovic Rojo, *El pluripartidismo y el proceso revolucionario chileno*, Austral, Santiago, 1973, p.7.
- 48 *Ibid.*, p.30.

49 *Ibíd.*, p.36.

50 *Ibíd.*, pp.35-36.

51 Marta Harnecker, *op.cit.*

52 Marta Harnecker y Gabriela Uribe, *Cuaderno de Educación Popular 11: Estrategia y Táctica*, Quimantú, Santiago, marzo de 1973, p.9.

53 *Ibíd.*, p.11.

54 En palabras de su asesor jurídico Eduardo Novoa Monreal, “ante el firme propósito del Presidente Allende y la Unidad Popular de dar cabal cumplimiento a su programa y ante la necesidad de que el gobierno se ajustara en todo momento a la más estricta legalidad [...] fue necesario recurrir a la sagacidad [...]”. Eduardo Novoa Monreal, “El difícil camino de la legalidad”, en *Revista de la Universidad Técnica del Estado*, 7, abril 1972, pp.7-34 (p.20).

55 Salvador Allende, *op.cit.*, pp.78-79.

56 Cfr., Alfredo Riquelme Segovia, “¿De dónde vinieron las sombras? Estructuras internacionales y dinámicas internas: el eterno problema de la historia de la Guerra Fría”, ponencia presentada en el Workshop *Chilean Shadows. The International Repercussions of the 1973 Chilean Coup*. November 17, 2006, University of Bologna, Forli (inédita).

57 Bajo las más adversas condiciones y a pesar del exterminio de miles de dirigentes y militantes, las principales organizaciones de la izquierda chilena tuvieron la capacidad de mantener el funcionamiento de sus estructuras en la clandestinidad, conservar sus vínculos entre sí, junto con establecer puentes hacia la Democracia Cristiana, así como de mantener su influencia en importantes segmentos de la sociedad que contaron con la acción de los militantes de la izquierda para la reconstrucción de sus organizaciones y formas de sociabilidad. Por otra parte, la izquierda chilena adquiriría tras el golpe del 11 de septiembre de 1973 una importancia inédita en el ámbito internacional, debido al profundo impacto que el golpe y la represión en Chile tuvieron en la opinión pública global, así como por la instalación de parte de su dirigencia y militancia en el exilio en diversos países de los cinco continentes.

58 A. Gramsci, P. Togliatti, E. Berlinguer, *El compromiso histórico*, Crítica, Barcelona, 1978, p.266.

59 *Ibíd.*, p.270.

60 *Ibíd.*, p.271.

61 Borís Ponomariov, “La situación mundial y el proceso revolucionario”, en Borís Ponomariov, *Algunas cuestiones del movimiento revolucionario*, Editorial Internacional Paz y Socialismo, Praga, 1975, p.271.

62 En ese contexto, la Unión Soviética y sus aliados europeos se transformaron junto a Cuba, no sólo en tierra de asilo para miles de chilenos de izquierda, sino que pusieron sus recursos e infraestructura al servicio de la acción política de los partidos proscritos en Chile. Inmediatamente después del golpe, Radio Moscú inició un programa diario especial llamado “Escucha – Chile” a cargo de un equipo binacional (chileno – soviético) que logró durante los años de mayor censura y control de la información una enorme audiencia en Chile. Poco después del golpe, la dirección exterior del Partido Comunista de Chile se instalaría en Moscú, la del Partido Socialista en Berlín Oriental, al tiempo que el MIR haría de La Habana su centro de operaciones en el exterior. A fines de 1976, el secretario general del PC, Luis Corvalán, logró salir en libertad tras tres años de prisión mediante su canje por el disidente soviético Vladimir Bukovsky.

63 Salvador Allende, “Informe leído el 18 de marzo en el Pleno Nacional del PS efectuado en la localidad de Algarrobo. Publicado como folleto por el Departamento Nacional de Educación Política del PS, abril de 1972”. Consultado en *Portal Salvador Allende*, <http://www.salvador-allende.cl/Documentos/1970-73/1970-1973.html>, el 21 de enero de 2007, a las 23:20.

64 Allende afirmaba que “[es un error] la total identificación del contenido de clase de la institucionalidad, por un lado, y el origen histórico de esta última. Es una posición tajante que, al ser formulada en forma absoluta, niega o desconoce la sutil complejidad del problema. [...] no es en la institucionalidad chilena actual donde descansa el poder de la burguesía, sino en su poder económico y en la compleja trama de relaciones sociales establecidas en el régimen de propiedad capitalista.” Al respecto, Allende acotaba que “la propia burguesía es la más

elocuente en reflejarlo cada día”. Y agregaba: “Sólo a partir de una perspectiva extraña a la realidad concreta del aparato estatal en estos momentos, puede llegarse a la conclusión de que no hay otro camino para el proceso revolucionario chileno que la quiebra y destrucción del actual régimen institucional y constitucional [...] ¿Cómo puede pretenderse que hay que destruir, quebrar —lo que presupone la violencia— el aparato de la administración pública, cuando en estos momentos es un instrumento para actuar, cambiar y crear al servicio de los trabajadores?”. Cfr., *Ibíd.*

65 *Ibíd.*

66 *Ibíd.*

67 *Ibíd.*

68 *Ibíd.*

69 Eduardo Novoa Monreal, *op.cit.*, p.9.

70 Eduardo Novoa Monreal, *op.cit.*, p.9.

71 Joan Garcés, *op.cit.*, p.53.

72 *Ibíd.*, p.56.

73 *Ibíd.*, p.57.

74 *Ibíd.*, p.55.

75 *Ibíd.*, pp.54-55.

76 Citado por Joan Garcés, *Ibíd.*, p.55.

Para citar este artículo

Referencia electrónica

Alfredo Riquelme Segovia, « Los modelos revolucionarios y el naufragio de la vía chilena al socialismo », *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [En línea], Coloquios, 2007, Puesto en línea el 27 janvier 2007. URL : <http://nuevomundo.revues.org/index10603.html>

Alfredo Riquelme Segovia

Doctor en Historia por la Universidad de Valencia, España. Profesor Adjunto del Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

Licencia

© Tous droits réservés

Résumé / Resumen

Cet article présente la tension entre, d’une part, la *voie chilienne vers le socialisme* du président Salvador Allende, considérée comme une expérience inédite visant à passer du capitalisme au socialisme dans le cadre du pluralisme politique et de la démocratie et, d’autre part, les modèles de changement des principaux acteurs de la gauche chilienne de l’époque qui s’inspiraient d’expériences révolutionnaires caractérisées par l’effondrement de structures étatiques en crises et la confrontation armée entre révolution et contre-révolution pour culminer dans la dictature du camp victorieux assumant ainsi la totalité du pouvoir. L’auteur conclue que le poids de ces modèles inadaptés à la réalité chilienne caractérisée par la légitimité et la force de ses structures étatiques, contribuèrent à la catastrophiques défaite de la voie chilienne vers la socialisme.

Mots clés : révolution, Chili, Voies chiliennes vers le socialisme, Voie chilienne vers le socialisme, Salvador Allende, Histoire 1970-1973

El artículo presenta la tensión entre la *vía chilena al socialismo* intentada por el presidente Salvador Allende en Chile, considerada como una experiencia inédita orientada a transitar del capitalismo al socialismo en pluralismo y democracia, y los modelos de cambio social que hacían suyos los principales actores políticos de la izquierda chilena de la época, que se inspiraban en experiencias revolucionarias caracterizadas por el derribo de estructuras estatales en crisis, acompañada de una confrontación armada entre revolución y contrarrevolución que culminaba en la dictadura del bando victorioso que asumía la totalidad del poder.

El autor concluye que el peso de esos modelos inadecuados para una realidad como la chilena, caracterizada por la legitimidad y fortaleza de sus estructuras estatales, contribuyeron a la catastrófica derrota de la *vía chilena al socialismo*.

Palabras claves : socialismo, Revolución

Licence portant sur le document : © Tous droits réservés